CUADERNOS POLITICOS



POR J. SOLÉ TURA

LA CRISIS MUNDIAL

En todas las reflexiones sobre la crisis económica que se extiende por nuestro mundo capitalista late el espectro de 1929. ¿Tendrá la crisis actual las proporciones de aquélla? ¿Provocará los mismos efectos políticos?

No creo que nadie tenga la respuesta exacta. Pero creo, en cambio, que se pueden avanzar algunas sugerencias y hacer algunas comparaciones útiles.

La primera es que la crisis actual no parece tener las mismas características que la de 1929. Y no parece tenerlas porque la crisis actual se debe, sobre todo, al funcionamiento de muchos de los mecanismos qeu se pusieron entonces en marcha para superar, precisamente, la crisis.

Uno de estos mecanismos —y yo diría que el fundamental— fue la intervención decidida y decisiva del Estado en los circuitos de la acumulación capitalista. En los Estados Unidos, el presidente Roosevelt superó la situación con la política del New Deal. En Alemania, el régimen de Hitler impuso una tremenda estatificación de la economía, aunque sin tocar, naturalmente, la propiedad privada del gran capital. Salvando las diferencias, en todos los países se pusieron en práctica medidas de intervención estatal, directamente inspiradas en las teorías de Keynes.

En algunos países esto se llevó a cabo manteniendo las bases del régimen democrático liberal. En otros, como el caso ya citado de Alemania, o en el de Italia, la aplicación de la nueva política económica conllevó la liquidación del régimen democrático liberal y la imposición de una dictadura. La diferencia de soluciones se debió a la diferencia de las situaciones, es decir, a la peculiaridad de la lucha de las clases en cada país y a la correlación de fuerzas entre éstas.

Las causas, ahora

La situación actual no es exactamente la misma. Y no porque no haya peligro de involución autoritaria en varios países, sino porque la crisis que ahora se extiende es, en el fondo, resultado del agotamiento del sistema puesto entonces en marcha. Para decirlo de otra manera. La crisis actual se debe al funcionamiento mismo de las relaciones entre el Estado y la acumulación de capital. Es, por así decirlo, la crisis del capitalismo monopolista vinculado al Estado.

Los economistas hablan del extraño fenómeno de la stagflation, es decir, de una inflación que va acompaña de estancamiento económico. ¿Cómo es posible esto? Es posible por una razón muy concreta: porque todas las intervenciones del Estado para mantener y aumentar las tasas de acumulación de capital generan inflación.

No es, pues, una inflación coyuntural. Los precios no aumentan porque haya aumentado el precio del petróleo. La crisis no se debe únicamente a la crisis de la energía. En todo caso, la crisis de la energía es un aspecto más —y ciertamente importante— de la crisis general.

La inflación se debe al sistema mismo en que nos movemos. Y la explicación de la misma, dentro de su complejidad, es relativamente sencilla.

Desproporción entre capital y trabajo

El beneficio del capital sale de la mano de obra, no de la maquinaria ni de las instalaciones de capital fijo. Aumentar los beneficios significa aumentar la productividad del trabajo y apropiarse de la mayor parte posible del excedente generado por este aumento de la productividad. Esto es lo que en teoría económica se llama extraer plusvalía.

La tendencia del capital es invertir cada vez más en capital fijo para potenciar la productividad de la fuerza de trabajo. Pero cuando más capital fijo se invierte, más aumenta la desproporción entre éste y el capital dedicado a la compra de fuerza de trabajo. Es decir: cuanto más avanza la acumulación de capital, más desproporción hay entre el capital invertido y el capital que produce ganancias. Esto es lo que se llama la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Y ésta es la ley ineluctable de la acumulación de capital.

Hoda la política del gran capital tiende a contrarrestar esta tendencia. Y la intervención del Estado en los circuitos económicos va en el mismo sentido.

Las formas en que esto se lleva a cabo son muy diversas. Una de ellas consiste, evidentemente en forzar un aumento acelerado de la productividad del trabajo y en mantener los salarios por debajo del aumento de esa productividad. Otra es la utilización de mano de obra más barata. Por eso se utiliza de manera tan intensa la mano de obra inmigrada, que no sólo sale más barata sino que tiene menos posibilidades de defenderse y, además, no ha costado nada formarla.

Pero todas las medidas tendentes a aumentar la tasa de plusvalía —que son las más clásicas— chocan con un serio freno: la resistencia de los trabajadores en la empresa (en forma de huelgas, paros, etc.).

Mecanismos de autodefensa

De ahí la tendencia, cada vez más marcada, a trasladar la ofensiva por el aumento de la plusvalía fuera de la empresa, en lo que llamaríamos la esfera de la distribución, es decir, los servicios, la vivienda, los transportes, la seguridad social, etc. Ahí el ataque es más fácil, porque la población está menos organizada y porque es ciertamente más difícil organizarse a escala de un barrio que de una empresa. El ataque reviste, entonces, la forma de aumento de precios, encarecimiento de los servicios públicos, etc.

Pero la cosa no termina ahí. Uno de los grandes mecanismos de defensa de la acumulación de capital es la desvalorización del capital invertido, es decir, la transformación de una parte del capital social en gasto público. Esto se hace a través del Estado. Con ello se consigue que una parte importante del capital salga de la esfera de la distribución de la plusvalía y que aumente la masa de ésta a disposición del capital privado. Es un mecanismo también bastante clásico, por lo menos desde la década de 1930.

La intervención del Estado reviste muchas formas. No sólo transforma una parte del capital en gasto público sino que subvenciona directa o indirectamente a las grandes concentraciones de capital y, sobre todo, asumen los gastos generales para la reproducción de éste. Así, por ejemplo, es el Estado quien paga la formación de la fuerza de trabajo que requiere el capital; es el Estado quien carga con los gastos sociales de las obras de infraestructura (transportes, comunicaciones, etc.).

En general, el Estado cada vez genera más rentas que no corresponden a una producción real de valores, cada vez hace más cosas que no corresponden al nivel real de la producción. Y para hacer esto, ¿de dónde saca los recursos? Los saca de los impuestos, del crédito y de la creación de moneda artificial.

Claro está que la inflación actual no se explica sólo por esto, sino también por el juego de las contradicciones internacionales.

Especulación internacional

Es decisivo, por ejemplo, el peso de los Estados Unidos, que exportan su propia inflación gracias a los mecanismos monetarios internacionales (basados en su moneda nacional, el dólar). Tiene, también, una enorme importancia la especulación a que se libran las grandes empresas multinacionales basadas en la autofinanciación y que, por esto mismo, disponen de enormes masas de capital que pueden trasladar —y trasladan— de un lado a otro según las fluctuaciones de cada momento.

Pero lo importante, lo que quiero subrayar, es que la inflación y la crisis que hoy padece el mundo se deben a una serie de factores que están en la base misma del sistema económico y político. Que no se trata de hechos circunstanciales ni de movimientos pasajeros. Y que, en consecuencia, no se puede luchar contra la crisis sin plantearse a fondo el problema de una reforma sustancial de esos mismos mecanismos económicos y políticos.

La diferencia sustancial con la crisis de 1929 es, en todo caso, ésta: que no se puede superar la crisis actual con los instrumentos que entonces se utilizaron. Y no se puede porque son estos instrumentos, precisamente, los que han llevado a la crisis de ahora. ¿Queda otra solución en el marco del sistema? Por ahora, nadie ha conseguido demostrar que sí. Y ésta es, realmente, la cuestión clave.

ANALISIS MUNDIAL



EDUARDO ARCE

EL ARBITRAJE ALEMAN

La visita del canciller alemán, Helmut Schmidt, a Estados Unidos ha puesto en evidencia, una vez más, el hecho cierto de que la política de la Alemania Federal se encuentra montada a caballo de Moscú y Washington. Pues cuatro días después de la visita del canciller a la Unión Soviética, el presidente Ford lo ha recibido en la Casa Blanca dispuesto a escucharle, y, sobre todo, a seguir detenidamente los informes de las conversaciones que había tenido el primero con el secretario del Partido Comunista soviético, Leónidas Breznev.

Como puede verse en el comunicado conjunto que se ha publicado al término de las reuniones Schmidt-Ford, la posición de Alemonia Federal sigue siendo de fidelidad a las bases de la dip'omacia kissingeriana respecto a Europa, es decir, la fidelidad a la Alianza Atlántica y apertura económica con los países socialistas del Este europeo, siempre y cuando ello no signifique un resquebrajamiento de las posiciones ideológicas.

En este último aspecto, resaltan las posiciones tanto de Breznev como de Ford, en sus conversaciones con el canciller alemán. El líder soviético había insistido cerca de Schmidt para que los alemanes del oeste invirtieran grandes sumas en el desarrollo industrial de la Unión Soviética. Este aspecto económico-comercial de las relaciones entre las dos grandes potencias es interesante en unos momentos en que los Estados Unidos se ven, asimismo, "acosados" por los soviéticos para aumentar el nivel de los intercambios técnicos y de tecnología avanzada. Por esta misma razón, la posición de Schmidt en esta serie de contactos que ha tenido en Moscú y Washington se destaca como árbitro de la situación inflacionaria mundial, cuando Alemania Federal —comprobamos con gran sorpresa— es la única nación del bloque capitalista que ha sabido mantener más o menos al margen la amenaza de la inflación.

Así es natural que Schmidt —después de haber invertido el sentido de la "Ostpolitik" que le diera el premio Nobel de la Paz, Willy Brandt— se haya atrevido a dar recomendaciones a los norteamericanos en el campo de la política energética, cuando ha insistido cerca de la Casa Blanca para que se tienda a una reducción draconiana del consumo de productos derivados del crudo.

En un momento histórico en que las dos grandes potencias que intentan distribuirse el mundo que queda por "neocolonizar", atraviesan por distintas y delicadas situaciones de orden económico, los ale-

A término de las conversaciones Gisc

IMPORTANTES ACUE ENTRE FRANCESES Y



DESDE PARIS

ERNESTO UDINA

LA U.R.S.S. SUMINI CONSTRUIRA EN TER GRANDE DEL MUNDO D

París, 7. — (De nuestro corresponsal, por teléfono). Esta mañana ha regresado a Moscú, tras una visita de tres días, Leónidas Breznev. Con Giscard han llegado a dos acuerdos. Primeramente, un nuevo plan de intercambios comerciales e inversiones en cinco años basado, sobre todo en la construcción por parte de Francia del complejo más grande del mundo de producción de aluminio en la URSS, y en el envío por parte de la URSS desde 1976 de una décima parte del gas consumido en Francia. En segundo lugar, un acuerdo con implícita aprobación sobre las respectivas posturas en Oriente Medio. Breznev teme una nueva guerra y ha repetido a Giscard que la postura soviética exige la existencia independiente de todos los Estados de la región, incluido Israel, pero volviendo a las fronteras dé 1967, mientras que Giscard se ha limitado a proclamar la necesidad de un arreglo pacífico que tuviera también en cuenta a los palestinos.

La Conferencia de Seguridad

No se ha llegado, en cambio, a un acuerdo en lo que para los soviéticos viene siendo lo más importante en las últimas tres "cumbres" franco-soviéticas de los dos últimos años, es decir, una reunión de jefes de Estado o de Gobierno para firmar los acuerdos finales de la conferencia europea de seguridad. Aunque coincidiendo con la visita de Breznev los soviéticos cedieron el jueves en Ginebra a conceder a los occidentales nuevas medidas aperturistas en el punto que bloquea el llegar al fin de la conferencia, "los inercambios humanos de información entre Este y Oeste", y aunque Giscard no se opone por principio, como Pompidou, a la convocación de una "cumbre" final, Breznev se ha ido sin una respuesta positiva.

Sin embargo, los soviéticos se han ido tranquilos al comprobar que Giscard quiere continuar la política exterior de Pompidou. El presidente francés ha hablado ante Breznev de "no sólo distensión, sino comprensión" y de que la cooperación con la URSS representa un "elemento fundamental" y una "orientación permanente" de la política francesa. Para demostrarlo mejor. Giscard no ha invitado a una sola reunión con los soviéticos al ministro del Interior, Poniatowski, reciente protagonista de exagerados ataques contra los países comunistas.

La salud y el humor

En la prensa soviética, según "Le Monde", las primeras páginas han estado estos días colmadas de las noticias de la "cumbre" franco-soviética de París, demostrando así que Francia es para la URSS el mejor aliado occidental tras USA. En la prensa francesa, el encuentro Giscard-Breznev también ha estado en primer plano y se habla además de la frágil salud del dirigente soviético de 68 años, que ha pasado aquí tres jornadas muy poco cargadas de entrevistas, anulando incluso su presencia en la inau-

EL CANCILLER ALEMAN Y LA CRISIS MUNDIAL

"EL UNICO MODO DE A AUMENTAR EL PREC

HELMUT SCHMIDT DA POR TERMINADA SU ESTA ACEPTA SU INVITACION PARA VISITAR ALEMA

El canciller de Alemania Occidental dijo ayer en Washington que el mundo occidental "no podría soportar un agravamiento de la situación energética".

En una intervención ante el Club

países industrializados desde el año 1969, quizás a estas alturas el mundo no hubiese conocido una multiplicación por cuatro de los precios de los crudos.

LAS NUEVAS RELACIONES